

GARCÉS, M., *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2017, 75 pp.

José García Pérez
Universidad de Sevilla

En su obra *Nueva ilustración radical*, la filósofa aragonesa Marina Garcés prácticamente elabora un manifiesto, breve como exige el género, a través de la descripción de lo que para ella es una respuesta ilustrada ante cualquier forma de credulidad, pues no concibe la ilustración como un movimiento filosófico sincrónico que tuvo su despertar en el siglo XVIII, sino como la mejor manera de oponerse, de manera crítica, a cualquier sistema que arruine las posibilidades de lo vivible de una comunidad humana. Sin embargo, el carácter contestatario y crítico de este ensayo reside en el hecho de que la autora postula que esta herramienta crítica presentada como ilustración es eficaz como réplica ante las credulidades de nuestro tiempo, fabricadas por un capitalismo globalizado que se ha encargado de eliminar cualquier posibilidad de futuro para la humanidad, suspendiéndola en un presente, no ya posmoderno, sino póstumo, sin posibilidades de construcciones de verdad que permitan un relato alternativo sobre el que poder diseñar un futuro político, social y cultural diferentes.

Para ello, divide su obra en tres partes: un preámbulo, un primer capítulo dedicado precisamente a la explicación de que la humanidad entera se caracteriza actualmente por su condición póstuma; un segundo capítulo en el que se desarrolla la idea de ilustración como concepción verdaderamente necesaria para combatir las credulidades que nos han quedado sin tiempo, sin esfera de lo vivible; y un tercer capítulo en el que se aborda la necesidad de repensar la tarea de las humanidades, que en este momento se encuentran al servicio de un capitalismo «cognitivo», que ha hecho posible la producción masiva de saberes sin que éstos puedan transformarse en nuevas o alternativas formas de poder.

En efecto, ya en el preámbulo la autora formula las líneas que irá desarrollando a lo largo del texto. «El mundo contemporáneo es radicalmente anti-ilustrado»: así comienza la obra, con la denuncia de una época, la actual, retratada, a nivel político, por un rescate del autoritarismo y la violencia como formas de relación; y a nivel cultural, por unas humanidades que en los últimos cincuenta años han estado marcadas por un antioccidentalismo que les ha llevado a renegar no sólo de sus sombras, sino también de sus mejores luces; de ahí, señala

la autora, que estas disciplinas hayan quedado estancadas en el solucionismo: sólo son válidas en tanto que pueden ser útiles a la sociedad presente, se ha olvidado la posibilidad de que a través de ellas podamos reconocernos a nosotros mismos como seres productores de reflexiones sobre el mundo. Por eso, amenazados por las «retropías» (Bauman), que sólo consideran válido los relatos premodernos, triables o precoloniales, necesitamos un sistema crítico que permita construir una nueva verdad que realmente nos haga seres libres y emancipados, pues es necesario «retomar el combate contra la credulidad y afirmar la libertad y la dignidad de la experiencia humana en su capacidad para aprender de sí misma», para acabar con una civilización sometida a un presente en el que sólo puede sobrevivir.

Y es que, como señala al inicio del primer capítulo, «Nuestro tiempo es el tiempo del todo se acaba», tanto la cultura («la modernidad, la historia, las ideologías y las revoluciones») como la naturaleza («el agua, el petróleo y el aire limpio»). Esa destrucción de toda posibilidad de futuro fue llevada a cabo en los años 80 del pasado siglo, cuando la globalización ofreció una superación de toda aspiración de revolución que prometiera una mejor forma de vida sobre el planeta. Sin embargo, «ese presente eterno» en el que nos introdujo la globalización nos ha precipitado hasta un estado de constante inminencia hacia la catástrofe, el colapso, hacia la insostenibilidad completa del capitalismo de consumo que la ha forjado. Esa experiencia del límite, del «límite de lo vivible», es la que ha dado lugar a muchos de los movimientos sociales actuales (autoorganización de la vida, intervención en guerras, cultura libre, nuevos feminismos, etc.).

Uno de los mecanismos por los que el poder ha enmascarado la realidad irreversible de la insostenibilidad es la idea de «sostenibilidad» o «desarrollo sostenible»: mantener las condiciones del presente sin amenazar las del futuro, incorporando también el medio ambiente, de tal manera que así el neoliberalismo consiguió la aquiescencia social necesaria para seguir en el poder, al menos hasta la crisis mundial de 2008: a partir de ese momento, la idea de sostenibilidad se ha adscrito a la de la austeridad que ha justificado los recortes sociales, reduciendo «las expectativas de una buena vida a la condición de privilegio».

Así, si la falta de futuro en la posmodernidad era una liberación, en nuestra era, la póstuma, el futuro no es más que ese momento incierto en el que nuestras condiciones de vida digna simplemente desaparecerán. Esto ha hecho, según la estudiosa, que la producción de muerte en nuestras sociedades se vea como un acontecimiento normal («terrorismo, poblaciones desplazadas, refugiados, feminicidios, ejecuciones masivas, suicidios, hambrunas ambientales...»). A su vez, ello ha dado lugar a que la política adquiera un papel defensivo, centrando su actividad en el rescate

urgente de aquellos que sufren tales males, en lugar de pensar o elaborar un «proyecto colectivo basado en el cambio social».

Por todo lo expuesto, considera Garcés que la tarea del pensamiento crítico de hoy en día es mostrarse insumiso a la «ideología póstuma», una insumisión que no ha de ser suicida, sino valerse de una serie de herramientas (la ilustración radical) que nos permitan combatir sus dogmas y credulidades. Precisamente todo el segundo capítulo versa sobre lo que para ella es el radicalismo ilustrado y sus posibles aplicaciones en nuestro tiempo.

En efecto, empieza señalando que, en los albores del XVIII, la ilustración que se extendió por Europa no tuvo un proyecto político-social común, sino que surgió por un «común rechazo al autoritarismos bajos sus diferentes formas». Frente al movimiento ilustrado, que tiene sus hitos en otros momentos de la historia de la humanidad diferentes al Siglo de las Luces, la modernidad fue un proyecto de las clases burguesas europeas al hilo del desarrollo del capitalismo industrial, y que estableció unas series de jerarquías y dualidades que aún hoy mantenemos (lo nuevo y lo viejo, la tradición y la innovación, la naturaleza y la cultura, la razón y la superstición, etc.) y que han tenido como consecuencia el despertar de una concepción antimoderna y antiilustrada, puesto que se ha confundido la búsqueda de libertad y emancipación por parte de la Ilustración con el afán de crecimiento económico a costa del dominio y la explotación de otros pueblos y de los recursos naturales del proyecto moderno.

Sin embargo, de este afán ilustrado de liberación de toda credulidad no puede desprenderse un ataque a toda creencia, ni la reducción del conflicto entre razón y fe. La ilustración radical permite una revisión crítica de cualquier tipo de saber o relato, proceda de donde proceda, siempre reconociendo, a la vez, los límites de esa capacidad crítica, puesto que, «asumir la condición natural y corporal de lo humano implica aceptar la parcialidad y la precariedad de nuestras verdades, pero también la perfectibilidad de lo que somos y hacemos de nosotros mismos»: la ilustración no promete progreso, sino que mejora la relación del hombre con el mundo que se le presenta. Es más combativa que ilusa. Nos permite hacernos mejores a través del saber, sin que de ello se derive un aumento de la riqueza, del consumo, o del territorio propios. Además, permite también una crítica a la cultura como «sistema de sujeción política», pues en el Estado moderno, la cultura permite que el ciudadano se integre en él, subordinándose a sus dictados, ofreciéndosele a cambio una identidad colectiva (nacional) y una prosperidad material (económica).

Abordando el tema de la cultura, hace hincapié la escritora en que, en la actualidad, el ejercicio cultural se ha convertido en ejercicio de crítica cultural, lo cual ha desembocado en una autocrítica que no es capaz de dar paso a nuevas formas de cultura, puesto que sólo se centra en el análisis de lo

que ya fue. En definitiva, «sabemos mucho y podemos muy poco. Somos ilustrados y analfabetos al mismo tiempo», la disponibilidad del conocimiento se ha revelado como condición insuficiente de cara a una mayor emancipación y liberación de los individuos: nos sólo necesitamos acceder al conocimiento, tenemos que llevar a cabo un ejercicio crítico para poder relacionarnos con él («seleccionar, contrastar, verificar, desechar, relacionar o poner en contexto») y ello se ve obstaculizado por diversos fenómenos como «la saturación de la atención, la segmentación de públicos, la estandarización de los lenguajes y la hegemonía del solucionismo». Así, ante una producción de conocimiento de magnitudes como las actuales, no sólo se hace dificultosa la selección de aquellos contenidos verdaderamente válidos para hacernos mejores, sino que es prácticamente imposible prestarle atención a toda la posible selección que se haga, de ahí la impotencia de que un individuo pueda formarse una opinión o visión de todos los aspectos del mundo en el que vive, aun cuando pueda recurrir a la heteronomía kantiana.

En este punto reflexiona la autora sobre la interpasividad de nuestra era, que nos ha llevado a delegar en la máquina una serie de actividades que, de haberlas hecho nosotros, hubieran generado una experiencia y comprensión que aún hoy la máquina es incapaz de producir. Del mismo modo, la especialización y segmentación de los saberes ha contribuido a todo este proceso de analfabetismo ilustrado que nos anega.

Entre las alternativas a la catástrofe, aparte de la ilustración radical, está el solucionismo, que precisamente propone delegar las tareas de la inteligencia humana a las máquinas, fruto del pesimismo que produce la imposibilidad de gestionar el mundo actual. Pero, lejos de dar lugar a «humanos estúpidos en un mundo inteligente», la ilustración radical permite repensar «el estatuto de lo humano y su lugar en el mundo y en relación con las existencias no humanas», porque, aunque no tengamos futuro, seguimos siendo humanos, aún no estamos agotados y todavía podemos «reapropiarnos de nuestra condición y de nuestra inteligencia reflexiva» aún dentro de un mundo eminentemente tecnológico.

En ese sentido, es necesario repensar el papel de las humanidades, tema que ocupa el tercer y último capítulo de esta obra. Es claro que las humanidades necesitan un nuevo enfoque que permita una transición de su consideración como disciplinas de letras hacia una nueva visión como conjunto de actividades (tanto científicas como artísticas) que reflexionen sobre la experiencia humana y su relación con el mundo, puesto que actualmente están atrapadas por la desinstitucionalización y la incapacidad de generar saberes que derriben las credulidades de nuestro tiempo.

Así, la autora concluye que son precisamente las humanidades las que pueden, desde la ilustración radical, acabar con el dogma apocalíptico actual y mejorar las condiciones de lo vivible.